

www.elboomeran.com

Daniel Gamper

Las mejores palabras

De la libre expresión



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: «The Speaker», Arthur Segal, 1912.
Foto © Erich Lessing / Album

Primera edición: junio 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Daniel Gamper, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6437-3

Depósito Legal: B. 13258-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El día 6 de mayo de 2019, el jurado compuesto por Jordi Gracia, Chus Martínez, Joan Riambau, Daniel Rico y la editora Silvia Sesé concedió el 47.º Premio Anagrama de Ensayo a *Las mejores palabras*, de Daniel Gamper.

PALABRAS PRELIMINARES

Al hablar buscamos casi siempre las mejores palabras. O tal vez son las palabras las que nos buscan y nos encuentran, utilizándonos para su subsistencia y reproducción. Busquémoslas o nos busquen, las palabras que finalmente se emiten son resultado de un proceso de selección. Las usamos para cuidar y herir y para justificar los cuidados y las heridas. Podemos medirlas y meditarlas o dejar que broten espontáneamente; que manifiesten solo lo que dicen o que su significado se halle en lo que ocultan. Una vez emitidas dejan de ser propiedad de nadie —si es que alguna vez lo fueron— y, sin embargo, alguien puede ser responsabilizado de sus efectos.

En este ensayo señalo ocasiones de la palabra. Con él intento contribuir, como lo hace cualquiera que pretenda hablar con sentido, a la búsqueda de las mejores palabras, resiguiendo y revelando aquellos fenómenos en los que se manifiestan. Entiendo este texto como una especie de cascanueces que debe combinar la fuerza con cierta delicada habilidad para lograr sacar el fruto sin herirlo.¹ ¿Dónde se

1. En términos del joven Ortega de *Meditaciones del Quijote*, se trata de llevar la nuez «a su plenitud».

despliegan mejor? ¿Qué circunstancias las favorecen? ¿Cuáles son los criterios para distinguirlas de las meramente buenas o directamente malas? ¿Podemos esperar algo más que chapuzas para enderezar el fuste torcido de la humanidad?

El contexto que suscita la detección de las mejores palabras es el de su reivindicación y devaluación. Precisamente el auge de la reivindicación de la palabra y de su despliegue es índice de su depreciación. La lengua incluye siempre su contracara. La represión a la que es sometida en medio mundo y que se extiende por el otro medio no acaba de conseguir nunca su finalidad, más bien estimula las reacciones en contra. Cuando se la somete, se está al mismo tiempo alentando que se desencadene. Solo se puede diagnosticar su irrelevancia desde la confianza en que renacerá. Así, devaluación y reivindicación van de la mano.

El discurso público ha aceptado como moneda corriente la teoría de la posverdad o posfactualismo. Este neologismo, elegido palabra del año por los diccionarios de Oxford en 2016, designa el abaratamiento de la verdad, la pérdida de sentido de las palabras públicas. La idea había sido ya estudiada por el filósofo Harry Frankfurt en un libro que fue éxito de ventas en 2005, *On Bullshit*.² En él sostiene que un rasgo característico de las palabras públicas y del discurso político es que se limitan a sugerir sensaciones, a crear atmósferas, a seducir sin apelar a la racionalidad. No es un discurso que pretenda ser verdadero o que pueda ser calificado de falso; son palabras no verificables ni falsables. Basta pensar en las campañas electorales y los

2. Harry Frankfurt, *On Bullshit. Sobre la manipulación de la verdad*, Paidós, Barcelona, 2006, y también *Necesidad, volición y amor*, Katz, Buenos Aires, 2007. El ensayo fue originalmente publicado en 1986 en *Raritan Quarterly Review*, 6, 2.

eslóganes de los partidos con su profusión de paparruchas, bulos, insinuaciones y medias mentiras, acompañados de descalificaciones de sal gruesa y comportamientos barrio-bajeros.

La posverdad sugiere que hemos dejado atrás los tiempos de la verdad. Ahora a nadie le preocupa si lo que dicen los políticos o los analistas es cierto o no. Es relevante que el médico nos diga lo que cree que es la verdad, que el abogado se comprometa a defender nuestros intereses y que el carnicero no manipule la báscula. Hay maneras de determinar si nos están mintiendo, bien sea comprobando que las cosas en el mundo sean como deben ser, bien detectando las señales de un compromiso profesional. Pero, si nos adentramos en el ámbito de la política, la verdad se difumina.

No hay nada nuevo en esto:

Nadie ha dudado jamás con respecto al hecho de que la verdad y la política no se llevan demasiado bien, y nadie, que yo sepa, ha colocado la veracidad entre las virtudes políticas. La mentira siempre ha sido vista como una herramienta necesaria y justificable para la actividad no solo de los políticos y los demagogos sino también del hombre de Estado.³

Desde la mentira noble de Platón (*República*, 414e-415c) y los consejos de Maquiavelo al Príncipe, solo los ingenuos creen que la política sea un asunto que obedece eminentemente a criterios de verdad como sucede en el campo del conocimiento. Solo a veces, cuando se dan cir-

3. Hannah Arendt, *Verdad y mentira en la política*, Página Indómita, Barcelona, 2017, p. 15.

cunstances favorables, cuando hay un Estado de derecho orientado a evitar los abusos de poder, la política encuentra en la verdad una resistencia ante la que tiene que claudicar. Eso es lo que pretende el imperativo de transparencia que obliga a los gestores de la cosa pública a ocultar mejor aquello que saben que no puede trascender y los hace vivir con la inquietud de que finalmente aflore la embarazosa verdad.

La verdad se ha devaluado y cotiza a la baja en el mercado de las apariencias. La política se sirve de la palabra para ocultar la realidad. Otros fenómenos de nuestros tiempos revelan aún más síntomas de instrumentalización del lenguaje y de su uso en libertad.

Se ha consolidado una nueva libertad, la de afirmar y negar simultáneamente la misma cosa, la de contradecirse y decir cualquier cosa. La construcción de la realidad a gusto del hablante es un producto residual de la posmodernidad que ha sido reutilizado por las nuevas oligarquías detentoras del poder. Se trata de una libertad condicionada materialmente, de modo que su posesión por parte de unos supone que otros no puedan gozar de ella. Esta «supuesta libertad de preñar es un absurdo» que en nada responde a la dimensión igualitaria de la libertad.⁴ La libertad sin reciprocidad es una aberración conceptual y humana. Es además una libertad disparatada, porque nadie asume la responsabilidad por lo dicho y quien tiene la fuerza para exigir responsabilidades es precisamente quien se niega a asumirlas. El ejemplo paradigmático de esta libertad tergiversada son los mensajes en Twitter del presidente de Estados Unidos: al tratarse de una cuenta privada no tiene que res-

4. Raoul Vaneigem, *Nada es sagrado*, Melusina, Santa Cruz de Tenerife, 2006, p. 10.

ponder políticamente por lo que ahí escribe; su uso desactiva cualquier mensaje de oposición en la medida en que cualquier reacción queda atrapada en su juego; establece caóticamente el orden del día político sin pasar por los procedimientos democráticamente establecidos.

La devaluación de la palabra se da también por inflación. Los teléfonos inteligentes, las redes sociales y el populismo simplificador contribuyen a la acumulación, fugacidad y carácter efímero de lo que se dice y se escribe. La alfabetización casi completa de la sociedad ha redundado en infoxicación. Los ciudadanos deben hacer frente a una cantidad ingente de mensajes que se han vuelto indiferentes e indistinguibles.

En este elenco que no tiene ninguna pretensión de exhaustividad, sino que persigue más bien síntomas de devaluación, están también los medios de comunicación, incapaces de filtrar las mejores palabras. Compete al espectador decidir qué quiere escuchar y concederle crédito a la oferta que le parezca más sugerente. Puede elegir entre políticos, periodistas o deportistas, o bien entre demagogos y analistas sesudos o conspiranoicos. El premio en los ratings de audiencia se lo suele llevar quien más levanta la voz, quien es lo bastante ingenioso para mentir escandalizando y provocando, o quien viste mejor sus palabras según la moda del momento.

Pero si la palabra puede devaluarse es porque tiene valor. Mediante ella accedemos a nosotros mismos y a los otros. Es la expresión más elevada de nuestras capacidades simbólicas, el canal principal de transmisión de conocimiento. Además, es el vínculo que nos une. Decimos «sí, quiero», «te lo prometo», «me pasas la sal, por favor», «deja de hacer eso», «¿por qué siempre dices que no?». Con las palabras nos ayudamos, interactuamos, logramos que la coo-

peración sea eficiente y racional, nos engañamos y nos aco-rralamos. Si la palabra estuviera plenamente devaluada, si no quedara nada de los valores que solo se pueden transmitir a través de ella, entonces no habría lugar para los matices ni para forma alguna de salvación.

Qué duda cabe de que esta devaluación es diagnóstico de bimilenaristas escandalizados. El ruido es el contexto de lo humano. Puede ser que hoy el ruido haya aumentado y que sea más difícil, si no imposible, hacerse oír y escuchar algo con sentido. El prejuicio dice que todas las palabras han quedado ahogadas en la cháchara inútil del presente. Sin embargo, incluso para decir esto se necesitan palabras, discursos que se erigen en defensores de lo bueno agonizante. Las alternativas en boga a la debacle inflacionaria de las palabras son el silencio y el elitismo. Si, en cambio, pensamos la palabra en el marco democrático, como creo que debemos hacer, entonces no ha lugar al anuncio del apocalipsis, salvo si partimos de una misantropía autodestructiva y cínica que no nos podemos permitir.⁵ En contra, pues, de unas evidencias, hay que persistir en buscar las pruebas contrarias, los fenómenos en los que perviven las mejores palabras.

5. Comparto sin reservas la afirmación de Jürgen Habermas: «los intelectuales, que tan a menudo combaten y degüellan a sus pares, no deben permitirse una cosa: ser cínicos», *Entre naturalismo y religión*, Paidós, Barcelona, 2006, p. 30.

EL RUIDO ES EL MEDIO

Cuando dos comparten un espacio el silencio es la ausencia de la palabra. Lo que hay son palabras, cuya ausencia salta a la vista en forma de silencio. No tiene sentido presuponer un momento inicial afónico, pues no habría humanos, solo dinosaurios, y estos ya no están allí. Luego callar es una forma negativa de hablar.

En la calle y en las casas, la palabra articulada pugna por hacerse oír. Cuesta entender lo que nos dicen, como si estuviéramos en un bar repleto de gente y mal sonorizado. Eso es el ruido ambiente. Nuestro interlocutor nos grita al oído y ni siquiera así estamos seguros de comprender. Ahogados por la mentira, la propaganda, la manipulación y la música omnipresente, los discursos parecen importar solo a quien los emite. La comunicación está amenazada de asfixia, pues carece de su oxígeno, el silencio, sin el cual no es posible la combustión. En estas circunstancias, incitarse mutuamente a hablar y escuchar sería un acto de resistencia.

¿Se habla más hoy que en otras épocas de la humanidad? ¿Hay más ruido? O, lo que es más importante si queremos diagnosticar nuestro mundo, ¿cómo se mide el ruido, la cantidad de palabras, la densidad de los estímulos, la

disparidad de esfuerzos cognitivos para adaptarse a la cotidianidad velocísima y líquida? Teóricos de la información, sociólogos de lo contemporáneo, estudiosos de las redes, o meros usuarios de las tecnologías, pueden ayudarnos a precisar nuestras enfermedades y a prescribir los remedios oportunos. Pero no hay un mundo objetivo del ruido y la palabra, del grito de dolor y de los oídos sordos. ¿Cuánta música es capaz de soportar el ser humano? ¿Cuántos inputs acaban adormeciendo la atención? ¿Cuán maleables somos? ¿En el límite dejamos de ser lo que somos? Si fuera así, entonces lo que ahora parecen problemas habrían dejado de serlo. Todavía queda, sin embargo, otra alternativa, una justicia poética, una preferencia por un pasado menos rumoroso en el que se musitaban los consejos y las cartas tardaban meses en atravesar continentes o semanas en cruzar una calle.

Aunque puede ser que el diagnóstico sea falso, que haya silencio y no ruido. ¿Acaso no predominan las imágenes y los símbolos sobre las palabras? Ciertamente, las imágenes pueden ser estridentes, pero no son palabras, su mensaje es tan obvio como vago. Una imagen vale más que mil palabras, se dice. Si de valor se trata, no hay duda de que las imágenes tienen más, entendido aquí como valor de cambio. No es posible vender nada sin una foto; más aún, lo que compramos son imágenes, incluso la foto de nosotros mismos. Lo que uno diga de sí en una red de contactos, tendrá valor en la medida en que vaya refrendado por el correspondiente e-retrato, como si un así llamado *selfie* fuera más real que las palabras con que nos decimos.

El ruido en cuyo medio estamos forzados a entender alguna cosa es el de las imágenes atronadoras y silenciosas, que estimulan el consumo y nos mantienen en la superficie. El espíritu de los tiempos lo encarnan mejor los interioris-

tas que los poetas o los políticos. El color de las paredes, los olores y la música ambiental son más potentes por invasivos que una palabra justa dicha en el momento exacto. La música y los perfumes afectan a nuestro estado de ánimo, nos relajan, nos excitan, suscitan la segregación de sustancias placenteras, nos empujan a una dispersión que vacía el alma y el bolsillo al mismo ritmo. No solo de silente belleza exterior viven los hombres.

Sería sorprendente que la vida electrónica omnipresente no causara una suerte de hipnosis colectiva. Piénsese en las plataformas de contenidos *on line* que mantienen atrapados a los incautos consumidores en una espiral de la que no saben cómo salir, porque en realidad tampoco quieren hacerlo. Es esta una práctica repentinamente extendida, como una epidemia voluntaria para la que no existen vacunas pues nadie va al médico a curarse, antes bien todos pugnan por participar de ella, por ser infectados por el nuevo virus, por alardear de ser pioneros en su transmisión, por desear el contagio.¹ La fuerza adictiva de estos productos audiovisuales radica en la facilidad de utilización, la inmediatez con la que se presentan, la tentación que acecha tras cada capítulo. El consumidor se ve arrastrado sin remisión al «visionado» ininterrumpido, como si el silencio fuera un monstruo amenazante e incómodo que se ahuyenta sin ni siquiera tener que hacer clic. El deseo es sustituido por la gula. No es una ausencia que atiza la acción, es más bien una presencia que ejerce de sedativo. El contemplador de series es un meditador que logra vaciar su mente a través de la conexión con un aparato que le dicta las palabras, los suspenses, y que regula sus fun-

1. Así describe el perspicaz Byung-Chul Han los atracones de series (*binge watching*) (*La expulsión de lo distinto. Percepción y comunicación en la sociedad actual*, Herder, Barcelona, 2017).

ciones fisiológicas, su pulso, las ganas de ir al baño, de fumar, de comer, de dormir.

En las corporaciones del *streaming* predomina el entretenimiento que nos mantiene despistados y descentrados, orbitando en torno a una trama que ni nos va ni nos viene. Del mismo modo que los exorcistas ahuyentan los malos espíritus, las ficciones televisivas seriales logran mediante la iteración de situaciones ajenas a nuestras vidas que nuestro propio espíritu nos abandone. Salimos de la experiencia vacíos, como monjes meditativos suscritos a la serenidad por 4,99 euros al mes.

Alguien podría escribir un diagnóstico así y no estaría errado, porque lo que dice no es falsable. El moralista o el eticista apela a una naturaleza humana que se puede corromper y que por tanto puede también alcanzar alguna forma de pureza. Ni las ciencias humanas ni las sociales se permiten estos exordios dictados por mundos antiguos e idealizados. Puede ser. Sin embargo, la preocupación por la palabra hoy, ¿no nos dice también algo sobre aquello que perdemos cuando nos aislamos en la contemplación solitaria de mundos ajenos habitados por psicópatas?

Si, en cambio, atendemos a las palabras privadas, el diagnóstico puede ser otro. La pareja de jubilados que sentados a la mesa comentan por enésima vez las bondades de aquella receta de fricasé de gallina o que se recuerdan el uno al otro que es la hora de las pastillas, repiten palabras y gestos en los que tal vez se incuban viejas frustraciones o engaños. Estos signos fónicos son al mismo tiempo lazos que los unen más estrechamente que los contratos que se apoyan en la espada. Palabras que vinculan y suscitan deberes, en las que se reflejan los gestos de cada día y de cada estación, con las que se teje una vida en compañía humana.

Los *free riders* de la existencia, *singles* que osan vivir sin

otros vínculos que aquellos indudablemente electivos, pues responden a deseos inmediatos, también están hechos de palabras repetidas. En el mejor de los casos su interlocución es divina o vertical; hablan con dios y se reconocen en el reflejo de ese tú inabarcable e inaprensible. Otros hablan o pretenden hablar con la naturaleza. No es raro encontrar grupos de hombres y mujeres de mediana edad bailando en torno a un árbol y acariciando su corteza. De hablar con dios se ha pasado a abrazar troncos y lamer piedras. Podría ser peor.

La palabra circula en el medio del ruido: no se hace oír claramente; se vuelve redundante por inflación, o es sustituida por formas de manifestación más atractivas. Cuenta también con quien la defiende y la protege cuando se ejerce con una finalidad política. Las expresiones dirigidas al prójimo para sugerirle una idea, para que cambie de opinión, para promover la transformación social, para oponerse a los que gobiernan, están protegidas por el derecho a manifestarse en público. Esta tutela pública e institucional no es suficiente para producir buenas palabras. Es necesario que previamente alguien las haya acompañado y cuidado. Las mejores palabras públicas solo se dan si alguien se ocupó de ellas antes y después de nacer.

En el vientre de la madre, el embrión no experimenta el silencio. Vive envuelto en el sonido de la humanidad por dentro. En el exterior le espera el ruido blanco, un «enmascarador del resto de los ruidos».² Este ruido contiene todas las frecuencias y su fuente de energía es la electricidad. Pasamos del ruido de la sangre al del fuego eléctrico y no por ello dejamos de ser humanos. Lo que mantiene a la especie es la voz de la madre y el calor de sus palabras.

2. «El ruido blanco: ¿por qué calma a los bebés?», www.serpadres.es.